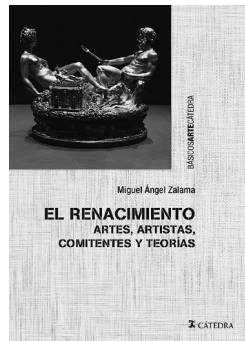


ZALAMA, Miguel Ángel, *El Renacimiento. Artes, artistas, comitentes y teorías*, Madrid, Ed. Cátedra, 2016. I.S.B.N.: 978-84-376-3544-6.



Lo más probable es que el lector a cuyas manos llegue un ejemplar del libro que nos ocupa, piense: ¿otro libro sobre el Renacimiento? ¿Qué se puede aportar, a estas alturas, al conocimiento de semejante período de la Historia del Arte? Puede que se trate de uno de los temas más estudiados sobre el que se han escrito –se siguen escribiendo– más páginas, desde que Vasari, en 1550, pusiera nombre a esta época. Sin embargo, lejos de resultar repetitivo, el estudio del profesor Miguel Ángel Zalama –catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Valladolid, y gran conocedor del período– supone un interesante acercamiento al Renacimiento.

La fotografía de portada es ya, con certeza, una declaración de intenciones: nos encontramos con una obra de arte –fuera de toda duda–, de uno de los grandes artífices del período –Cellini–, pero se trata de una imagen que, probablemente, no sea la primera en la que cualquiera pueda pensar al hablar del Renacimiento. Es más bien una pieza de orfebrería, una joya, de cronología relativamente tardía para el período –ca. 1543–, realizada para un comitente no italiano –Francisco I de Francia–; una imagen inusual para ilustrar el período.

Y es que el libro del profesor Zalama, es rompedor en muchos aspectos. En primer lugar el texto quiere plantar cara a la concepción vasariana no ya del propio Renacimiento, sino de la Historia del Arte misma, esa en la que el arte se constituye fundamentalmente por las llamadas «artes mayores»; en la que todo es juzgado desde una óptica actual, descontextualizando la obra y pensando en parámetros de gusto y público no ajustados a la época, y en la que el Renacimiento es sinónimo de Italia, esa que no nació hasta el siglo XIX.

De este modo, afronta –sin dejar de lado los ejemplos y nombres canónicos– una proyección espacial y cronológica del Renacimiento, que da idea del desarrollo del estilo.

Asimismo, no olvida el panorama artístico de lugares como los Países Bajos y producciones como los tapices, incidiendo en los conceptos de magnificencia y lujo, fundamentales para entender la Historia del Arte, y tan alejados de la valoración vasariana, que nos lleva a obviar todo lo que no sea arquitectura, escultura y pintura, aun cuando en la época fueran esas manifestaciones denominadas injustamente «menores» o «aplicadas» las realmente valoradas.

Por supuesto, no podemos olvidar a los artistas: Leonardo, Miguel Ángel, Rafael, los maestros flamencos, Durero, El Greco Pontormo, Palladio..., dan idea de la variedad de formas y realizaciones del Renacimiento. Artistas que se influyen, que compiten, que se imitan, que colaboran, que crean, movidos por una habilidad especial –indispensable– y un genio casi divino, además de una formación humanística, que hizo que muchos de ellos fueran además también teóricos.

Y es que la Historia del Arte no son solo obras, sino las ideas que las generaron. Y el período renacentista es, sin duda, clave en lo que al aspecto teórico se refiere, a través de la denominada «literatura artística» que, en forma de tratados, diálogos y otros escritos, sentó las bases de la concepción de la creación artística y de la propia Historia del Arte occidentales. Y ese trasfondo teórico, fundamentado en parte en el intento de equiparar arte y ciencia, desde la búsqueda de la tercera dimensión y la lucha de las artes plásticas por equipararse a las artes liberales, hasta las posturas de la Academia frente al gremio medieval y las teorías arquitectónicas de finales del siglo XVI, está presente en esta obra.

Artistas, ideas y obras no surgen de modo aislado. Generalmente en el pasado –y el período renacentista no fue ajeno a esto, sino todo lo contrario– las obras surgen, fundamentalmente, gracias al mecenazgo de un personaje o colectivo que la financia, primordialmente con intenciones propagandísticas. Esos patronos también están presentes en la obra del profesor Zalama. En los concursos florentinos, que

vieron nacer el Renacimiento de manos de Brunelleschi y otros, entraban en juego los gremios y autoridades locales, financiando obras como la cúpula de la catedral. Familias como los Medici hicieron un alarde de protección y mecenazgo artístico sin parangón. Fastuosas cortes, como la de los duques de Borgoña, no pueden entenderse sin el despliegue artístico del que hicieron gala. Y desde tablas y lienzos, son muchos los comerciantes, banqueros, y próceres, que nos miran, en una inmortalidad ganada, especialmente, gracias al arte; sin olvidar a los grandes monarcas mecenas de las artes, como Francisco I, Carlos V o su hijo Felipe II.

Al final, parece quedar claro que la idea de que el Renacimiento es meramente el renacer de la cultura clásica, limitado al territorio de la península italiana a lo largo de los siglos XV y XVI y ligado fundamentalmente a la arquitectura, la escultura y la pintura, no son más que reduccionismos propios de otro momento, que necesitan ser no revisados sin más, sino superados por la moderna Historia del Arte, esa que, sin olvidar a los estudiosos del ayer –pilares de los trabajos de hoy–, debe apostar por nuevos enfoques, más acordes con la realidad de un período mucho más complejo de lo que pudiera parecer.

Condensar todo eso en poco más de 200 páginas se antoja una tarea compleja, magníficamente resuelta por la erudición del profesor Zalama que, sin abrumar, pero sin olvidar prácticamente nada, consigue, además de que el lector comprenda en toda su extensión el período renacentista, acrecentar el deseo de profundizar en uno de los períodos más apasionantes de la Historia del Arte.

Acompañan al ensayo, junto a las preceptivas imágenes –perfecta selección para obtener una visión clara y precisa del período– una serie de textos que complementan cada capítulo, que permiten aclarar conceptos y contextualizar ideas.

El volumen se enmarca en una nueva colección –Básicos Arte Cátedra– dirigida por Estrella de Diego, sin duda llamada a convertirse en una referencia obligada para aquellos que se acercan a la bibliografía de Historia del Arte en busca de libros amenos y de fácil lectura, sin dejar de ser serios, rigurosos y novedosos. En ese sentido, el texto del profesor Zalama es un ejemplo perfecto.

Jesús F. PASCUAL MOLINA
Departamento de Historia del Arte
Universidad de Valladolid